

# GUANAJUATENSES DE VIDA

## PRÓCER Y HUMILDE

### FULGENCIO VARGAS



**EDICIÓN CONMEMORATIVA  
"AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA,  
PADRE DE LA PATRIA"  
AÑO 2003**

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO







GUANAJUATENSES DE VIDA  
PROCER Y HUMILDE

FULGENCIO VARGAS

EDICIÓN CONMEMORATIVA  
“AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, PADRE DE LA PATRIA”  
AÑO 2003

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

*GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO*

Lic. Juan Carlos Romero Hicks

*SECRETARIO DE GOBIERNO*

Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

*SUBSECRETARIO DE GOBIERNO*

Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

*DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURIDICOS*

Lic. Rosa María Cano Melgoza

*DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL*

Mtro. Isauro Rionda Arreguín

*Coordinación*

Isauro Rionda Arreguín.  
Susana Rodríguez Betancourt.

*Apoyo en revisión de textos:*

Cristina Valtierra Rivera.  
Georgina Sosa Alvarez.

*Captura del texto:*

Claudia Vargas Baltierra

Primera edición 1948  
Segunda edición 1975  
Tercera edición 2002

Gobierno del Estado de Guanajuato



Sitch 75

## Don Fulgencio Vargas

Alfonso Vargas Procel

Nació en la hoy ciudad de Jaral del Progreso, del Estado de Guanajuato, el 10 de octubre de 1875. Sus padres: el señor don Ramón Vargas y la señora Candelaria Ortiz de Vargas.

La instrucción primaria la inició y llevó a término en Celaya, del mismo Estado, en colegios particulares dirigidos por los reputados maestros don Librado Rosillo y don José María Pérez Campos.

En el convento agustiniano de Santa María de Gracia, de Morelia, Mich., hizo estudios de lengua castellana y latina durante los años de 1889 a 1892. Después, en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, cursos preparatorios y profesionales de farmacia, separándose de las aulas, por enfermedad, en 1898.

De regreso en la tierra de su origen, dedicóse a la agricultura y al comercio de botica. Fundó en su pueblo la primera imprenta (1903) y los primeros periódicos: “*La Voz del Jaral*” y “*Renacimiento*”, voceros éstos donde publicó artículos de visión independiente y composiciones poéticas de los años moceriles. Fue también, en la segunda de las publicaciones citadas, donde efectuó franca y leal campaña política conforme a los postulados de la Revolución encabezada por don Francisco I. Madero.

Con motivo de la celebración del primer centenario de la Guerra de Independencia, editó en Barcelona, España, su primer libro: “*La Insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato*”, con prólogo de don Luis González Obregón y juicio crítico de don Juan de Dios Peza, inolvidable literato, éste, a quien el profesor Vargas debe su iniciación en la carrera de las letras y sus primeras colaboraciones en periódicos, de la capital de la República, de Centro y Sudamérica.

Al comenzar el año de 1912, y aceptando el reiterado convite de su amigo y correligionario, licenciado Víctor José Lizardi, Gobernador a la sazón del Estado de Guanajuato, fue a la metrópoli de dicha entidad federativa con los puestos de segundo subdirector del Colegio del Estado y catedrático de Literatura Preceptiva en el mismo.

Fue diputado a la Legislatura Local, de 1912 a 1914; como candidato de varios partidos contendientes, logró ensanchar la jurisdicción de su tierra nativa y que se elevara a la categoría de ciudad la antiquísima población de Yuririapúndaro.

Alejado desde entonces de la política militante, consagróse por entero a labores educativas y al estudio especial de procesos geográfico-históricos del territorio guanajuatense.

Desempeñó en varias ocasiones, el cargo de Secretario del Colegio del Estado y la Secretaría General de la Dirección de Estudios Superiores, y temporalmente la jefatura de la misma dirección.

Impartió, desde 1912, varias cátedras en aquél benemérito instituto, tales como las de Farmacia, Física, Geografía, Historia General y Patria, Lengua Nacional, Francés, Latín, Etimologías grecolatinas, Biblioteconomía, Literatura Española y General. Se graduó de Bibliotecario Técnico (1925) en la escuela respectiva dependiente de la Secretaría de Educación Pública, y fundó los primeros cursos de Biblioteconomía en el Colegio del Estado (1926) y en la Escuela Normal para Maestros, establecimiento, este último, donde también profesó algunas asignaturas.

También impartió, en el Colegio del Estado, las cátedras de segundo curso de Español, de Literatura Española, General y Mexicana. Rehusó nuevas asignaturas por quebrantamientos de salud y exceso de trabajo intelectual.

Tuvo a sus órdenes la Dirección de Bibliotecas Públicas y fue jefe del Departamento de Acción Social, intercambio Universitario y Bibliotecas, cuya oficina, desde 1933, vino proporcionando buena copia de noticias de índole varia a los gobiernos federal y local, centros docentes del país y extranjeros, sociedades científicas, agrupaciones de obreros y campesinos, personas particulares, etc.

En representación del Gobierno de su Estado y de la Dirección General de Estudios Superiores, asistió a numerosos congresos: de Escuelas Preparatorias, de Universidades, de Bibliotecarios, de Geografía, Panamericanos, etc. Obtuvo primeros premios en varios concursos científicos y juegos florales.

Perteneció el profesor Vargas, como miembro activo, a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, a la Academia de Ciencias "*Antonio Alzate*", a la Academia Mexicana de Historia, a la Academia Nacional de Historia y Geografía, a la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos, al Centro de Estudios Históricos "*Genaro Estrada*", con carácter de miembro honorario, al Centro Guanajuatense de Ingenieros y a la Sociedad "*Amigos de San Miguel de Allende*", y más tarde a la Academia de la Lengua como miembro corresponsal.

Su obra literaria fue abundantísima y su vida un verdadero apostolado de la juventud guanajuatense.

Ya jubilado por el Gobierno del Estado, siguió colaborando como historiador consultivo, hasta poco antes de su muerte acaecida ésta el día 12 de febrero de 1962.

Fulgencio Vargas

GUANAJUATENSES DE VIDA  
PROCER Y HUMILDE



## L I M I N A R

Labor honesta y fecunda es la de disipar las sombras de la ignorancia y encauzar por fácil derrotero a los que a vivir empiezan.

Poner de relieve las figuras de guanajuatenses humildes y hazañosos, es despertar en nuestros niños, en nuestros adolescentes, en nuestros jóvenes el interés que reclaman los que han tenido por maestra a la adversidad y que, precisamente por esto, han dignificado su elevación de espíritus fuertes al través de una existencia de penalidades y desencantos.

Iluminemos con la antorcha de la sabiduría y preparemos al hombre de mañana con gérmenes de sacrificio, para que sean, eficaz su elevación de espíritus fuertes al través de una existencia del hogar y de la patria.

Prof. Fulgencio Vargas



## *EL PIPILA*

Por mas que se obstinen algunos historiadores en negarle real y positiva existencia, la tradición constante y firme nos habla elocuentemente de la heroica figura del barretero conocido con aquel mote.

Y no sólo: hay documentos que nos habla del origen y del óbito de Juan José de los Reyes Martínez; y de acuerdo con ellos, puede asegurarse que vino al mundo en San Miguel el Grande (hoy de Allende), el 3 de enero de 1782 y falleció en el mismo lugar el 26 de julio de 1863.

Mellado fue el mineral donde el joven dio a conocer sus aptitudes para la lucha diaria, la nobleza de sentimientos que su corazón atesoraba y el cúmulo de energías de que su espíritu estaba lleno, y de las que podía disponer en el preciso instante de las futuras y decisivas revelaciones. En aquella mina fue, también, donde comprendió los terribles y funestos resultados de la esclavitud, donde vio acrecentarse su cariño a la patria desvalida, meditando en los acervos padecimientos que la atormentaban y en los ineludibles deberes que todo mexicano tenía de acudir en su socorro; allí recibió la fausta nueva de los importantes sucesos de Dolores y la agradable noticia de la llegada a la capital de la Intendencia del ya fuerte núcleo de libertadores con su caudillo don Miguel Hidalgo. Reveláronse entonces las extraordinarias facultades de Martínez como patriota y como hombre de tentativa, y sintió germinar dentro de su ser el mirífico soplo que preside a las más atrevidas y portentosas concepciones.

En lo álgido de aquél combate librado el 28 de septiembre de 1810, cuando las fortificaciones de la ciudad habían sido destruidas y la fuerza de caballería aniquilada completamente por lo impetuoso de la refriega y el considerable número de los sitiadores; cuando solo faltaba a los independientes, para alcanzar el triunfo definitivo, apoderarse de la Alhóndiga de Granaditas, que tantas vidas y fortuna encerraba tras de sus espesos e impenetrables muros, oyóse la voz del Padre Hidalgo que, dirigiéndose a la multitud desenfrenada y ciega, pide le proporcione elementos con que derribar una de las puertas del sólido edificio.

Apenas acaba de hablar el cura de Dolores, despréndese de la abigarrada muchedumbre Juan José Martínez; encaminase a un tenducho de las cercanías y provéese de aceite de abeto, brea y ocote; de la acera inmediata arranca una losa de regulares dimensiones, que coloca sobre su espalda, procurando cubrirse con la misma la cabeza; emprende la marcha, provisto de las materias inflamables y agazapándose lo mejor posible, a fin de evitar el fuego y las piedras que de las alturas de Granaditas enviaba el enemigo, ábrese paso por entre el macizo de los asaltantes, y diríjese a la puerta de la Alhóndiga que ve al cerro del Cuarto; aplica sobre buena parte de las maderas el aceite y la brea; les prende fuego con el ocote, que encendido llevaba, y retírase en los momentos que la multitud enardecida por el entusiasmo, prorrumpía en gritos y atronadores, aplausos, y lanzábase como aluvión sobre la incendiada puerta del “Castillo”.

La oruga miserable se había convertido en titán; los independientes debían la más grande y señalada de sus victorias al temerario arrojó de un pobre barretero.

## EL AMO TORRES

Durante su permanencia en la ciudad de Guanajuato, del 28 de septiembre al 9 de octubre de 1810, el Padre Hidalgo recibió elementos de valía para la causa insurgente, mereciendo mención especial José Antonio Torres, campesino de San Pedro Piedragorda, hoy Manuel Doblado, cabecera del municipio del mismo nombre, misma donde nació por el año de 1760.

De talento natural despejadísimo y de una laboriosidad a toda prueba, su vida joven y de hombre maduro mantúvose alejado de centros populosos, en íntimo contacto con las labores agrícolas y en íntima comunión de afecto y esperanza con los que a su lado interesábanse por aquellas faenas.

Los elevados sentimientos de aquel espíritu sin trabas granjeádole habían unánimes cariños y respetos. Llamábanle todos "*El Amo Torres*", y ello no por bienes de fortuna, que cuantiosos fuesen, sino por su ascendiente de saber, de experiencia y de consejo, de proceder escrupuloso y generoso a un tiempo mismo.

El iniciador de la Independencia Mexicana pudo percatarse de las virtudes de aquel hombre, no menos que del influjo y simpatías de que gozaba entre muchos abajeños; así que, sin tardanzas ni reparos, confióle la delicada misión de reunir adeptos y emprender la lucha en territorio guanajuatense y en los de Michoacán y Nueva Galicia.

Y los laureles acreciéntanse con la derrota infligida a los realistas de Tomas Villaseñor en Zocoalco, el 4 de noviembre de 1810, y con la marcha triunfal sobre Guadalajara, ciudad ésta de la que pudo apoderarse fácilmente el 11 del mismo mes. Allí esperó a don Miguel Hidalgo y a los suyos, quienes habiéndose separado de Valladolid el 17, entraron en Guadalajara el 26.

Después de la aprehensión y muerte de los primeros caudillos, el Amo Torres persistió en la lucha con ardimiento y constancia ejemplares, siquiera la buena suerte no le acompañara de continuo, como al iniciarse su vida militar. Sufre una derrota en Tlazazalca y sorpréndelo después, a inmediaciones de Tupátaro, el comandante realista Antonio López Merino. Desde allí comienza la ruta dolorosa que concluye en Guadalajara con la muerte del héroe.

"Hízose entrar a Torres, prisionero, (dice Bustamante) públicamente en aquella ciudad en que antes había entrado como vencedor. Para que todos los viesen, se le quiso poner al cuello una argolla, o "tentemozo", pero él ofreció que sin este aparato llevaría erguida la cabeza, y lo cumplió... sentenciósele el 12 de mayo (1812) a ser ahorcado y descuartizado, poniéndose su cabeza en un palo alto en la plaza de Guadalajara, y distribuyendo los cuartos de su cuerpo, el uno en Zocoalco, otro en la garita de Mexicalcingo, y los dos restantes en las del Carmen y barrio de San Pedro, quemándose después de cuarenta días de exposición. Su casa, en San Pedro Piedragorda, debía ser arrasada y su superficie sembrada de sal. Para la ejecución de esta sentencia, que se verificó el 23 de mayo, toda la guarnición se puso sobre las armas, formando en la plaza llamada de

Venegas, por el nombre del virrey, alrededor de una horca de dos cuerpos, que se construyó expresamente para que, levantado el cuerpo de Torres el segundo, pudiese ser visto por toda la población”.

## MANUEL MUÑATONES

En los medios de la carrera de la vida y al cobijo de modesta cabaña del rancho de “Los López”, cercano a la hoy cabecera del municipio de Jaral del Progreso, hallábase el campesino Manuel Muñatones al iniciarse el movimiento insurgente que acaudillara don Miguel Hidalgo y Costilla, párroco de la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores.

A la caída de la tarde, y cuando la diaria faena concluido había, congregábanse los labriegos en torno de Muñatones y de sus labios escuchaban, suspensos, las frases animosas reveladoras de un hondo amor a la tierra mexicana en camino de conquistar su Independencia.

-Hay que tener fe en el futuro del suelo en que nacimos – decía el labrador pletórico de entusiasmo. Debemos aposentar un rayo de esperanza en el triunfo de nuestros hermanos, en el reconocimiento de nuestras prerrogativas. ¡Ojalá que mis ojos vean lucir la aurora de la emancipación, aunque en ese preciso instante mi cuerpo vaya a descansar, sin resabios de amargura, en ignorado sepulcro de un humilde cementerio!

Los triunfos obtenidos por Hidalgo y sus seguidores eran comentados con profunda satisfacción. Las últimas noticias llegadas al lugar referíanse a la toma de Guanajuato, metrópoli de la Intendencia y a la inminente salida de los libertadores en plan de acercamiento a la Valladolid de Michoacán.

Y un buen día, el 11 de octubre de 1810, al paso de los insurgentes a inmediaciones del rancho de “Los López”; un grupo de labriegos, encabezados por Muñatones, salieron a recibir a los caudillos y brindároles con sencillo refrigerio a la sombra de un árbol copudo, que elevábase a orillas del río Lerma.

Ni una sola vivienda marca hoy el sitio que en aquél entonces ocupara la susodicha ranchería; pero la tradición -esa amiga y compañera de la historia- ha venido perpetuando de gente en gente, el memorable recuerdo del modesto yantar en el que figuraron como invitados de honor futuros mártires de nuestra Independencia.

No faltó un ingrato que, envidiosos de la buena fortuna del campesino don Manuel, divúlgase lo acaecido en “Los López”, dando a todo esto carácter de tal magnitud, que bien pronto encendieron los rencores y mataron en flor las esperanzas.

Y un día nefasto, cuando sólo pocos había transcurrido de los sucesos anteriores, encontrase el cadáver del labrador pendiente del mismo copudo árbol, cuyas ramas besaban la superficie líquida del Lerma.

El realista Luis Sarmota era el autor del crimen.

Los deseos de Muñatones se habían cumplido: ¡Ojalá que mis ojos vean lucir la aurora de la emancipación, aunque en ese preciso instante mi cuerpo vaya a descansar sin resabios de amargura en ignorado sepulcro de un humilde cementerio!

## GERTRUDIS VARGAS

Era la viuda de don José Magaña una noble y enérgica mujer aleccionada en la escuela de la adversidad, sin otro estrecho vínculo que el que la ligaba a su hijo José María, mozo a la sazón de veinte años y como vivienda en la ranchería de Andáracua, a inmediaciones de la laguna de Yuririapúndaro.

En aquél ambiente de paz y de trabajo, sin otras visitas que las dominicales al Valle de Santiago o a Yuriria, doña Gertrudis Vargas y su hijo veían deslizarse plácida la existencia. No escaseaban los bienes de fortuna y José María, medianamente instruido en primigenias labores escolares, siempre bajo la custodia de la viuda que también conocía de tales menesteres.

Y no sólo, conocía así mismo de maneras corteses y de conocimiento de buenos libros. Además y como complemento de virtudes aunaba a ella el más puro amor a su patria, y precisamente a su patria libre de opresiones. Sabía del grito lanzado en Dolores, de la victoria insurgente alcanzada en Guanajuato y de la salida de Hidalgo y los suyos con rumbo a Valladolid.

El camino trazado por los jefes de la insurrección comprendían los lugares de Irapuato, Salamanca, Valle de Santiago, Loma de Zempoala, Salvatierra y Acámbaro.

Y fue en la loma de Zempoala donde los insurgentes presenciaron la conmovedora entrevista de doña Gertrudis Vargas y su hijo José María con el antiguo párroco de la Congregación de los Dolores.

-Señor cura- dijo la noble matrona, así que la emoción hubo de permitirle articular palabra, Dios ha derramado sobre mí todo genero de bendiciones, proporcionándome la singular fortuna de que mis ojos contemplen en el principio de la lucha en favor de nuestra Independencia y el inefable gozo de que mi espíritu esta lleno al besar la diestra de su merced y dar la bienvenida a sus esforzados compañeros. ¡Ojalá que las condiciones de mi edad y de mi sexo me permitiesen seguir a los libertadores en la bendita causa que vienen defendiendo! Mas ya que no es dado realizar esos deseos, séame concedido al menos que mi único hijo figure en el número de esos libertadores. Acéptelo cual si fuese miembro de su propia familia, y cuando llegue la hora del combate, que sea de los primeros en empuñar las armas; colóquele en los puntos de mayor riesgo, y haga de él un hombre útil a su país y un enérgico defensor de su soberanía.

Así fue como inició José María Magaña su carrera militar, acompañando a don Miguel Hidalgo hasta Zacatecas, después de la derrota de Calderón, y figurando entre los principales guerrilleros del Bajío. Murió ya muy anciano, de 82 años, en el Valle de Santiago el 24 de agosto de 1872. Tenía el despacho de General. Hoja envidiable de servicios. Dieciocho cicatrices constituían su mayor timbre de gloria.

En alguna ocasión llegan a la casa de doña Gertrudis soldados insurgentes conduciendo herido al ya capitán Magaña; y como la señora inquiriera por la causa:

- Madre- respóndele José María, la suerte nos fue contraria; el enemigo se presentó el mayor número que nosotros y no pudimos resistirlo.

- ¿ Con qué en mayor número? - replica doña Gertrudis ardiendo en cólera. ¿Y es así como el señor Cura te enseñó a defender los derechos de tu Patria? ¿Así comprendes sus enseñanzas y aquilatas sus consejos?

Y continuó con más entereza y animación:

El verdadero soldado es el que se acostumbra a vencer o a morir, más nunca presentando la espalda al enemigo. Ve a curar tus heridas, y cuando estés sano, torna al combate y procura vengar la afrenta que sufriste. ¡México lo reclama y tu madre lo ordena!

## EL PACHON

Por los “*Pachones*” eran conocidos Encarnación, Matías y Francisco, oriundos de la ranchería de “La Pachonas”, jurisdicción de San Felipe (hoy ciudad Doctor Hernández Álvarez). Pero ninguno de los dos últimos, con ser guerrilleros, de temple y osadía, equipararse puede a Encarnación, “*El Pachón*” por antonomasia, el prototipo del militar y del patriota en grado sumo.

Celoso defensor de las libertades de su país, Encarnación da señales de sus proezas apenas brotado el grito insurgente en la congregación de los Dolores. Más tarde, y muertos ya los primeros caudillos, aparece como jefe de guerrilla en varios puntos de Guanajuato. Acompaña en sus lides máximas a don Pedro Moreno y a don Francisco Javier Mina. Pero la historia del indomable guerrillero culmina días antes de consumarse la Independencia Nacional. Y es un hecho heroico el que viene a sintetizar su vida toda: la batalla de Azcapotzalco, librada el 19 de agosto de 1821.

“El coronel Concha (leemos en el “Diccionario de Historia y Geografía”) estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, el cual, lleno a un de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia para contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país. Bustamante mandó al capitán Acosta que llamara la atención del enemigo, para poder entretanto reconocer sus posiciones; pero esto dio por resultado una acción que obligó a los realistas a retirarse a sus posesiones de Azcapotzalco”.

“Como a las siete de la noche se empeño de nuevo la acción con más ardor que nunca. Don Encarnación Ortiz, jefe de los Dragones de la Sierra de Guanajuato, y don Manuel Arana, que mandaba a los fieles del Potosí, llenos de valor y de entusiasmo, penetraron hasta la plaza del pueblo, en donde acuchillaron gran número de realistas. Entonces Bustamante mandó generalizar el ataque y dispuso que el capitán Endérica llevara una pieza de artillería hasta la misma entrada de la plaza. La pieza se colocó en su punto; los españoles sufrieron pérdidas inmensas, y solamente la oscuridad pudo impedir el que acabaran por completo. Bustamante se dedicó entonces a emprender la retirada; pero antes -dijo- es preciso traerse la pieza que llevó Endérica a la entrada de la plaza”.

“Señor -le respondieron- no hay mulas ni carreteros; se ha descompuesto la cureña y la pieza está atascada en un fango”.

-El cañón no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida- replicó Ortiz. ¡Vamos muchachos, vamos a traerlo!

- ¡También nosotros iremos! -dijo el capitán Arana a sus dragones. Y siguieron a Ortiz y a los suyos.

“La mayor parte de estos valerosos soldados hacían frente al enemigo, ínterin que el resto se esforzaba al sacar la pieza con sus “reatas”, a cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse a la vez. La empresa se había

hecho de las más temerarias. El mayor número de los denodados Dragones de la Sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí, habían caído muertos o heridos, asiendo esfuerzos sobre humanos, distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado don Encarnación Ortiz. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fue infiel al heroísmo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en sus fastos”.

Así murió lleno de gloria, Encarnación Ortiz “*El Pachón*”, a quien se concedió el honor póstumo de que “pasase lista de presente”.

Domingo Revilla, en pocas palabras, nos ha dejado un buen retrato del patriota Guanajuatense: “Era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasgados y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y expresión que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de el brusco del soldado, según era la persona con la que se comunicaba; un carácter suave y condescendiente con sus subordinados ínterin no faltase a la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo, sagaz y emprendedor con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba íntegro a la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus jefes, y, por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo y uso de sus armas”.

## JUAN ALVARADO

De tiempo inmemorial vienen consagrándose no pocas familias pobres de Valle de Santiago a la industria doméstica de los telares, industria de paupérrimos alcances, en verdad, pero que al menos proporcionan un vivir alejado de la última miseria.

En plena actividad insurgente moraba en Valle de Santiago un tejedor de mantas, Juan Alvarado, descendiente de indios purépecha, laborioso y honesto, sin otro afán que el sustento de su familia, ni otros afectos, fuera de ella, que los que ligado manteníanle a los jefes de guerrilla, que conceptuaban de cuartel general la población de aquel nombre.

Con plena confianza en la honradez y discreción de Alvarado, los guerrilleros del Bajío encomendábanle secretas comisiones, de las que siempre salía airoso; y cuando acreciaban los combates en las cercanías del lugar, los servicios del indio no tenían precio.

Hay un punto estratégico aledaño de la ciudad, conocido con el nombre de “La Alberca”, cráter, lago del importante sistema de volcanes de explosión que comienzan en el municipio de Salamanca y concluyen en el de Yuriria.

Ahora bien, situado nuestro indio en las alturas de “La Alberca”, y provisto de un morterete (“*cámara*” le llaman los lugareños), muy usado en las fiestas regionales, avisaba con sus disparos la presencia de los realistas y aun el rumbo seguido por éstos: una detonación, si el enemigo se aproximaba por la ruta de Salamanca; dos, tratándose de la de Salvatierra; tres, por la de Yuriria, y cuatro por la de Parangueo.

Alguna vez don Francisco Javier Mina encontrábase en Valle de Santiago y celebraba junta con las principales jefes de guerrilla, se habló de las andanzas y arbitrios de “*El Camarista Alvarado*”, y el célebre campeón quiso conocerlo.

Llegado a su presencia, el general Mina lo abrazó efusivamente, le prodigó todo género de alabanzas por sus actos meritorios, y cuando le ofrecía algún dinero como recompensa a sus labores y para su subvenir a sus necesidades, Juan rechazó agradecido la oferta:

¡No señor amo! Todo lo que he hecho y seguiré haciendo en beneficio de mis hermanos, me nace del corazón y lo considero como un deber. ¡Libreme Dios de aceptar por semejantes servicios una remuneración! Yo soy pobre, y con mi trabajo apenas puedo mantener a mi Josefa Peña y a nuestros hijos; pero se muy bien que la Providencia nunca desampara a los suyos; ella se encargará de apremiar mis acciones, si premio merecen, y no nos dejará morir de hambre.

El indio Juan sobrevivió mucho tiempo a la década gloriosa; tuvo el inefable placer de ver a su patria libre y en camino de nuevas y saludables conquistas.

La pobreza no dejó de llamar un sólo días a la puerta de aquella casa humilde; pero “*El Camarista Alvarado*” no temía a las garras de la miseria: la Providencia nunca

desampara a los suyos; ella premiaría las buenas acciones del amigo de los insurgentes y no dejaría morir de hambre a Josefa Peña y a sus hijos.

## TOMASITA ESTEVES

Así con este nombre cariñoso, era todos conocida en Salamanca y sus contornos la mujer, joven aún, que en plena lucha de insurrección y cuando en el territorio guanajuatense desplegaban valores y ardentías de indomables guerrilleros abajeños, fue el enemigo jurado de los realistas y el ángel tutelar de los libertadores.

Tomasa Esteves y Salas era de agraciado semblante, de maneras finas y delicadas, de nobles y destacados sentimientos, modesta en el vestir, pero siempre aseada su persona. Había nacido pobre en Salamanca (1789) y pobre vivía allí al arrimo de su madre, consagradas las dos a labores femeniles con las que subvenían a las necesidades más urgentes.

Salamanca, lo mismo que Valle de Santiago, era un magnifico centro de actividades insurgentes. Las guerrillas contaban en esa población con elementos de toda clase. Numerosos eran los amigos y colaboradores de la empresa redentora. Andrés “*El Giro*”, Albino García, José María Magaña, Lucas Flores, Cleto Camacho, y otros jefes, visitaban frecuentemente el lugar y eran recibidos con generales simpatías.

Pero ninguno tan eficaz en el agasajo y en el servicio como Tomasita Esteves. No solo se distinguía por sus actividades de agente y mediadora, sino, y esto era lo principal. Por su abnegada labor de conquistar adeptos a la causa insurgente, aún de aquellos que militaban en el bando contrario. Tales eran sus atractivos y tales sus medios de convencimiento.

Y semejante proceder llegó a oídos del comandante militar Iturbide, quien, ni tardo ni remiso, mandó que se aprehendiera a “la mujer seductora” y se le aplicara la última pena. Así se desprende de las noticias consignadas en el diario y en la correspondencia de dicho comandante.

“Viernes 5 de agosto de 1814. Fueron pasados por las armas los tres reos aprehendidos en Valtierra; y como por sus declaraciones se averiguó que una mujer de esta vecindad (Salamanca) ha sido la principal agente de procurar la desertión de los patriotas que escandalosamente se ha verificado en el mes anterior, después de aprehendida y sustanciado su proceso, mandé que se pusiese en capilla para que se le aplique la pena ordinaria, en castigo de tan enormes delitos y para escarmiento de las de sus sexo”.

“Martes 9 de agosto. Fue pasada por las armas la mujer seductora, cuya cabeza se ha puesto en la Plaza Pública”.

Y en carta al Virrey Calleja: “Se fusiló también, al mismo tiempo a María Tomasa Esteves, comisionada para seducir tropa; y habría sacado mucho fruto por su bella figura, a no ser tan acendrado el patriotismo de estos soldados”.

La heroica mujer llegó al patíbulo con grande entereza. Y como notase que soplaba el viento y que éste podía levantar sus ropas pidió que se le facilitaran unos alfileres para sujetarlas; suplicó que no se le hiriere en la cara, y recibió los disparos con la frente altiva.

“A la víctima le sobrevivió su madre – refiere un escritor – y ésta con el mismo temple de las almas grandes, acompañada en su casa de numerosas amistades, cuando oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros sin derramar una lagrima, dijo:

“¡Ahora sí, ya es tiempo de elevar a Dios nuestras oraciones!”.

*ANDRES DELGADO*  
“El Giro”

Andrés Delgado nació en Salamanca el 7 de noviembre de 1792. De padres humildes, acostumbró a ver desde pequeño miserias y laboriosidades en su hogar, y comenzó la batalla por la existencia dedicándose al trabajo de tejedor de mantas, las que semanariamente vendía en Guanajuato, comprándose con su producto nuevos materiales para la diaria labor y una prenda que otra, para renovar las que de su vestido de los días de fiestas ibáanse deteriorando; pues asegúrase que siempre gustó Andrés de la buena ropa, y a esto se debe el mote con que generalmente se le conocía. “Estaba Giro”, en la acepción provincialista de “bien puesto”.

Serios disgustos con un español vecindado en Salamanca hicieron a Andrés separarse de la tierra nativa. Y en 1812, cuando la revolución había cundido por diversos lugares del país, Delgado presentóse de nuevo en Salamanca con el carácter de jefe de una de las principales guerrillas que operaban allí, en Valle de Santiago, Santa Cruz, Irapuato y otras plazas de importancia.

Desde ese año hasta mediados de 1819, Andrés Delgado fue luchador temerario e invencible en las extensas comarcas del Bajío; tuvo por compañeros a los más adictos al bando insurgente; hizo con Mina la mayor parte de las campañas, sirviéndole con lealtad y desempeñando a conciencia las delicadas misiones que le fueron encomendadas por aquel celebre caudillo; recibió por su intachable conducta calurosas felicitaciones de las “juntas” y el honroso puesto de comandante de la provincia, que ocupaba al ser sacrificado.

Al amanecer del 2 de julio de 1819, fuerzas de Anastasio Bustamante habían salido de Salamanca, rumbo a Santa Cruz (ahora Juventino Rosas), con la seguridad de sorprender al guerrillero que, según las nuevas recibidas, hallábase tranquilo, sin sospechar de nadie en una choza de las inmediaciones del rancho de San Nicolás, situado en la barranca de “La Laborcilla”.

En la madrugada del 3 de julio rodean la choza los realistas a las órdenes de José María Castilla, alférez del Cuerpo de Dragones de San Luis. Al ruido que producen los caballos despierta el valeroso insurgente, y sin tiempo de recoger sus armas, deslízase a favor de la semioscuridad por entre el grupo de los acompañantes de Castillo. A un centenar de pasos, y en fondo del mismo de la barranca, lucha, cuerpo a cuerpo con el jefe de la expedición, hasta caer moribundo con terrible herida de lanza en el pecho; hace esfuerzos inauditos por levantarse, y al fin lo consigue; apoya sus espaldas sobre unas piedras, arranca el arma mortífera y hiere con ella a Castillo y a tres soldados. La rendición del héroe se hace imposible, y desde lejos, y lapidándolo, es como logran acabar con su existencia.

El Giro cae para no levantarse más, vitoreando a la Patria y a su Independencia: ¡los dos bellos ideales de su vida!

Ese mismo día agolpábanse numerosos vecinos de Santa Cruz frente a la “Capilla de bóveda”, vetusta construcción que ya no existe y que a la mitad de la calle de Victoria erguía sus cenicientas paredes, medio cubiertas por viejos árboles . Allí en el interior de la ruinosa capilla, como sangriento despojo de los rencores de la época, yacía el decapitado cuerpo de don Andrés “*El Giro*”. La cabeza había sido llevada en son de triunfo a la tierra natal del insurgente.

## TOMAS MORENO

Sabido es que el derrocamiento de la nefasta dictadura Santanista se debió al “*Plan de Ayutla*”, y que éste fue obra de don Ignacio Comonfort, a quien prestaron directa y eficaz ayuda el general don Juan Alvarez y su hijo el coronel don Diego, el general don Tomás Moreno y el coronel don Florencio Villarreal, siendo el último el que lo proclamó en Ayutla, del Estado de Guerrero, al frente de cuatrocientos pintos, el 1º de marzo de 1857.

En las páginas de nuestra historia, el movimiento a que nos referimos asume proporciones de acontecimiento grandioso y trascendental. El inicia un cambio radical en los destinos de México, abatiendo sistemas defectuosos y prejuicios seculares, marcando a la República nuevos derroteros, dándole con la Constitución de 1857 una ley de tal pujanza y raigambre, que puede servir de modelo a naciones cultas de un y de otro mundo, al promediar de la centuria que ha dado en llamarse “Siglo de las luces”.

De los personajes citados anteriormente, es don Tomás Moreno el menos conocido, sobre todo tratándose de su origen y de la génesis de su vida militar; circunstancias éstas muy dignas de apreciarse y de catalogarse en los fecundos anales de nuestra entidad guanajuatense.

Hay en el Estado de Guanajuato una ranchería denominada Quiahuyo, de procedencia purépecha, y por ende antiquísima; ranchería que en la época colonial y hasta mucho después de consumada la Independencia de nuestro país, sujeta estuvo a la jurisdicción de Yuriria. Hoy corresponde a la municipalidad de Moroleón.

Quiahuyo fue la cuna de don Tomás Moreno, tan humilde el lugar como los progenitores de este futuro personaje. Conocemos la data del nacimiento: 7 de mayo de 1800.

Y el futuro personaje, en su niñez y en su adolescencia, desempeñó menesteres de pastor por de cabras, sin más horizonte que los de la campiña exúbera, ni más atractivos que los de la naturaleza en plenitud de aromas y colores, de trinos de pájaros y de murmullo de arroyuelos.

De pronto, cambia la placidez de aquella vida; tórnase la calma en agitado ir y venir de guerrillas insurgentes; y nuestro apacible zagal, robusto y animoso, incorpórase a una de las guerrillas, ganase por su valor el cariño de jefes y compañeros, y al consumarse la Independencia Nacional ostenta ya el grado de alférez.

Llega en 1853, y Moreno, ya general de brigada y al cabo de innúmeros combates por la integridad y la autonomía de México, acaudilla la Revolución de Ayutla y desecha la banda de divisionario que Santa Anna le ofreciera, siempre que abandonase aquel movimiento.

Luchó con ardimiento y energía por los principios liberales durante la Guerra de Reforma. Se distinguió constantemente por su valor, habiendo sido de los pocos que lucieron la condecoración por el famoso combate de 30 contra 400.

Moreno murió en la hacienda de “El Marqués”, del Estado de Guerrero, el año de 1864, cuando Acapulco acababa de ser ocupada por los franceses. Sus restos fueron traídos en el primer período de gobierno del general Díaz, a la capital de la República, y depositados en el cementerio del Tepeyac.

## LUCAS BALDERAS

A principios del siglo XIX había en la ciudad de México, en la entonces llamada calle de San Francisco, un taller de sastrería, propiedad del súbdito español Manuel de Alcalde, taller en el que prestaba sus servicios un joven de cuna humilde, Lucas Balderas, originario de San Miguel el Grande (hoy de Allende), donde viera la primera luz el 18 de octubre de 1797.

La escuela de la adversidad, que tan a maravilla sienta a los grandes hombres, siquiera éstos, a lo ojos del vulgo, resulten mezquinos por las estrecheces y sombrosidades de una vida sin vislumbre de esperanza, fue para Balderas el medio mejor de encauzar sus actividades por senderos de bien y de acrecentar sus cariños a la masa sin nombre, a los huérfanos de quietud y de ventura, sus hermanos desde el inicio hasta el fin de una existencia laboriosa y desinteresada.

En 1815 comparte sus menesteres de sastrería con los de simple soldado del Primer Batallón de Realistas, permaneciendo en uno y otro de dichos empleos hasta 1820. En 1821, consumada ya la Independencia de México, vemosle figurar con el carácter de artillero en la Milicia Cívica y con despacho de capitán.

Durante el período administrativo de Guerrero dictáronse entre otras medidas la de expulsar del territorio mexicano a los españoles, en él avecindados. Esto originó el viaje violento del propietario de la sastrería y su ingreso en ella, como regente, de Lucas Balderas.

“Fue capitán de las Milicias de Artillería (Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas, de Lara Pardo y Leduc) durante algún tiempo, y solamente tomó parte en los pronunciamientos que defendían la libertad pública. Frecuentes ocasiones le ofreció el gobierno un puesto en el ejército permanente; pero él siempre lo rechazó, diciendo que debía estar con el pueblo”.

Llega el año de 1847, y con él la consumación de la más sombría de las iniquidades; pero también el punto máximo de la más gloriosa de nuestras epopeyas. Junto a la innoble conducta de Santa Anna, las memorables acciones de Monterrey y la Angostura, Veracruz y Cerro Gordo, Padierna y Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec.

“El día 8 de septiembre de 1847 – dice don Luis Pérez Verdía – se dio la batalla del Molino del Rey, cuyo punto, defendido por los generales León, Pérez y Rangel, con 4,000 hombres y cuatro cañones, se sostuvo por muchas horas contra la columna americana, fuerte de 5,000 hombres, hasta que por el abandono en que dejó aquel punto el general Santa Anna, que esperaba el ataque por el lado opuesto, cayó en poder de Scott, no sin que pagara caro su triunfo; pues en sus filas se contaron más de 800 bajas, entre muertos y heridos. El Ejército Nacional tuvo que lamentar la muerte del general don Antonio León, del coronel don Lucas Balderas, del teniente coronel Gelaty, y de otros esclarecidos oficiales”.

Así murió, heroicamente, el humilde sanmiguelero, el sastre de la calle de San Francisco, el soldado del Primer Batallón de Realistas, el capitán artillero de la Milicia Cívica, el defensor de las libertades públicas, el hermano de los desheredados de la esperanza.

Y cuentan los que asistieron al final de aquella vida sin dobleces, que frente al misterio de lo desconocido, Lucas Balderas articuló estas palabras: ¡Pobre Patria! Como si el paladín viera sombras más densas y mayores exterminios, al cabo de cruentas luchas y de Penalidades sin asomo de misericordia.

*JUAN BAUTISTA MORALES*  
“El Gallo Pitagórico”

Con este nombre, que recuerda al celebrado periódico crítico, político y costumbrista, conócese también al que fue su director infatigable e inquebrantable, don Juan Bautista Morales, nacido en la ciudad de Guanajuato, de cuna muy humilde, el 29 de agosto de 1788.

La instrucción primaria, así como los estudios de latín, con el profesor don Francisco Diosdado, y los de filosofía con el franciscano fray Luis Ronda, los hizo en su tierra nativa. En 1809 se trasladó con sus padres a la ciudad de México y en el Colegio de San Ildefonso, con carácter de alumno externo, cursó las cátedras de jurisprudencia, distinguiéndose por su notoria aplicación por sus disposiciones literarias y musicales, por su miseria agobiadora. “Le faltaban libros, le faltaban a veces alimentos a él y a su familia, y tenía que dar lecciones a otros jóvenes para ayudar a la subsistencia de una padre anciano y de la esposa de éste, enferma y valetudinaria, circunstancias que llamaron la atención al rector marqués de Castañiza, quien al fin concedió a Morales una de las becas de gracia”.

La falta absoluta de recursos impidióle recibirse oportunamente de abogado; sólo pudo conseguirlo hasta 1820, cuando uno de sus discípulos pudo costear los gastos de la recepción de ambos.

Defensor fidelísimo de la Independencia de su país, defendióla con ahínco, no solo por medio de artículos en la Hoja Voladora, sino personalmente y como ayudante del General Victoria, a quien acompañó formando parte del ejército “*de las Tres Garantías*” en 1821.

Y desde aquí se acentúa la labor ímproba e incontenible del periodista de combate (“*El Hombre Libre*”, “*El Siglo XIX*”, “*El Republicano*”, “*El Gallo Pitagórico*”), del diputado y del magistrado, del maestro, del gobernante, del amigo del pueblo y del liberal de nítido proceder. Sufrió persecuciones sin cuento, sobre todo por sus duros ataques a la dictadura Santanista. Las penalidades sufridas en varias prisiones no aminoraron su valor y su ardentía, antes bien de acicate sirviéronle para nuevas y más destacadas luchas en el campo de la democracia.

Fue gobernador de Guanajuato en 1845, “y durante su corta administración, procuró extender la instrucción pública, atendió a las mejoras materiales, introdujo orden y economía a las rentas públicas, y se distinguió por su sencillez republicana.”

He aquí la inapreciable labor del insigne guanajuatense juzgado por un hombre público, de la talla de Francisco Zarco: “En su juventud no bien había concluido su brillante carrera literaria, cuando se unió a los insurgentes, tomando parte muy activa en la Independencia. Sincero republicano, no quiso contribuir al restablecimiento del Imperio, y desde entonces fue el blanco de injustas persecuciones, que sufrió con resignación y constancia. Establecida la República, figuró en el Congreso Constituyente de 1824;

defendió la libertad y los derechos del pueblo, y joven todavía, fue elevado a la magistratura por el voto de los Estados. Consagró su vida entera al servicio de su país con desinterés y desprendimiento, y decirse puede que no tuvo un día de descanso. Como magistrado y como abogado, defendió en el foro la justicia, y dispensó amparo paternal a todos los desvalidos. Como legislador, se distinguió por la firme consecuencia de sus principios y la invencible energía de su carácter. Como catedrático difundió la instrucción en la juventud, disipando las preocupaciones y enseñando con asiduidad y empeño la jurisprudencia, los cánones, la teología, la filosofía, la retórica y las bellas letras. Como literato, dio honor al periodismo, jamás esquivó la responsabilidad de sus producciones; ilustró las más arduas cuestiones; combatió contra todas las tiranías. Antiguo redactor de “*El Siglo XIX*” a pesar de su avanzada edad y de sus dolorosas enfermedades, vino en nuestro auxilio al triunfar la revolución de Ayutla, para defender los buenos principios, para contrariar las tendencias de la reacción, y la respetable autoridad de su nombre tranquilizó a los espíritus tímidos, dio prestigio a ciertas medidas, defendiendo la abolición del fuero eclesiástico y las grandes reformas que proclama el partido progresista. Este hombre que como profesor hubiera hecho su fortuna en cualquier otro país; que como escritor pudo traficar con su pluma; que como magistrado pudo acumular tesoros en épocas de corrupción, vivió siempre pobre, pero contento; en la miseria, pero gozando de la tranquilidad de una conciencia sin mancha. El primer funcionario en el orden de nuestra magistratura, muere sin dejar a su numerosa familia más legado que el de su fama y el de su gloria”.

“Don Juan Bautista Morales falleció en la villa de Guadalupe, y a un paso del Tepeyac, el 29 de julio de 1856”.

Y aquí se acomoda la anécdota referida por Guillermo Prieto en “*Memorias de mis Tiempos*”.

“Santa Anna había mandado llamar al señor Morales para amonestarle y reconvenirle por sus escritos. Morales guardó silencio; pero, en un momento, le dijo con marcada resolución:

Yo he de seguir escribiendo como hasta hoy; tenga usted muy presente, que cuando comencé esta tarea, me convencí de que en lo más que puedo parar, es en cuatro velas y un petate”.

## JOSE MARIA LUIS MORA

Aunque de progenitores ricos, allá en la segunda mitad del siglo XVIII, lo cierto es que la fortuna adquirida por don José Ramón Servín de la Mora y su mujer doña María Ana Díaz de Lamadrid, a la venida al mundo de José María Luis Mora, el 12 de octubre de 1794, en el pueblo de San Francisco de Chamacuero (hoy villa de Comonfort), disminuido había considerablemente, y que en los primeros años del siglo XIX no quedaba sino el recuerdo de la opulencia en el real aposentamiento de la miseria.

Con grandes sacrificios se inicia la educación del niño en escuelas de la ciudad de Querétaro, y ya para 1807 encontrámosle inscrito en el libro de matrículas del Colegio de San Ildefonso, de México, instituto éste que fue teatro de los triunfos alcanzados por el adolescente y el joven, en las distintas cátedras del bachillerato, de la licenciatura en teología, y por último, ya sacerdotes, labor la de doctor en la última de las disciplinas mencionadas. Este solemne acto se verificó el 26 de julio de 1820.

La delicada constitución del estudiante, del catedrático del latín y de humanidades, del filósofo y del teólogo, hubieran dado al traste con una naturaleza menos disciplinada y con un carácter menos firme y resuelto que el de Mora, para quien las enfermedades y miserias no eran sino un estímulo eficaz para el logro de todos los ideales, que bullían en su cerebro y en su noble entraña.

Efectivamente, apenas salido de las aulas enfréntase con arduos y tremendos problemas de índole histórica, política, económica y social, problemas que, corriendo parejas con sus actividades del maestro, servirían a Mora de firme y esbelto pedestal como escritor de vario linaje de doctrinas, como periodista de jugosas especulaciones, como consejero de gobierno, como autor de reformas trascendentes en órdenes diversos del vivir mexicano, claudicante y oropelesco, ambicioso y despótico por añadidura.

La visión clarísima de aquel hombre y sus ideas avanzadas manifiéstanse en tribunas de la opinión pública tales como el "*Semanario Político y Literario*", "*El Observador*" y "*El Indicador de la Federación Mexicana*", todos ellos propugnadores de los principios liberales más hondos y más fecundos. Miembro de la legislatura Constituyente del Estado de México, dejó allí las señales de su paso en la Constitución Local, en Leyes de Hacienda y de Ayuntamientos, de creación del Instituto Científico y Literario.

Al surgir en la vicepresidencia de la República don Valentín Gómez Farias, Mora, más que su consejero, es su cerebro. Debense a el reformas que, andando el tiempo, de traducirse habrían en derrocamiento de funestos poderes y en rehabilitación del campesino y del obrero.

Sus empresas, esencialmente democráticas, por ende aniquiladoras de raigados prejuicios ancestrales, allegáronle muchedumbre de enemigos y buena copia, de dificultades aun en su vida íntima. Entonces, sin esperanza de mejor fortuna, abandona el suelo de la patria y emprende viaje a Europa y fija su residencia en mísero barrio de París,

falto de recursos y pensando en menesteres de los más humildes: “Estoy en mi último peso le decía a su amigo, diplomático en España... y en el caso de buscar trabajo para vivir, puesto que no puedo volver en mucho tiempo a mi patria... y si necesario fuera, lo haría hasta por el salario que se da un criado, pues la urgencia de mi situación me obliga a aceptar trabajo sin condiciones... porque lo que a mi me importa es contar, aunque sea poco, con algo fijo y que provenga de mi trabajo y no de favor ajeno”.

En condiciones tales de penuria, parece increíble que el doctor Mora hubiese podido mantenerse hasta 1846, cuando se le agregó a la misión diplomática mexicana en Francia, y más tarde como Ministro Plenipotenciario de México en Inglaterra, puesto delicado y difícil que supo mantener con dignidad, eficiencia y patriotismo.

Pero la enfermedad traidora, que de años atrás viniera consumiéndolo, cobró mayores bríos, y hubo al fin de trasladarse a París donde falleció el 14 de julio de 1850.

Sólo debemos agregar, a propósito de su primera estada en la capital de Francia; la publicación (1836-1837) de los tomos I, III y IV de “*México y sus “Revoluciones”*” y las “*Obras sueltas*”, ambos libros de valor inapreciable, siquiera el primero haya quedado trunco.

Las “*obras sueltas*” son poco o nada conocidas de la generación actual, y es en ellas, precisamente, donde hay que estudiar a Mora como educador, como orientador, como político. Sus pensares y sentires están de tal modo plasmados y estereotipados al discurrir de estas páginas, que no puede apreciarse la gigantesca lucha de los reformistas de la segunda mitad del siglo XIX, ni la de los reconstructores del primer tercio del siglo XX, si se hace caso omiso de aquellas doctrinas tan avanzadas como luminosas; doctrinas en las que, si no cautivan lo gallardo del estilo ni lo pulcro de la dicción: “Yo no tengo paciencia para ocuparme de palabras, una vez que haya logrado exponer claramente mi pensamiento”, si avasallan los sentidos y doblegan la voluntad los conceptos ágiles, la lógica irrefutable, la clarividencia de aquel hombre que no podía concebir un gobierno popular y republicano en México, si ese gobierno desentendíase de “esparcir hasta la más pequeña choza de los rayos de luz que vivifican el espíritu”.

## SANTOS DEGOLLADO

“*El Colmenero*”, como lo llamaban sus soldados; “El héroe de las derrotas”, apodo que aplicábanle de preferencia los conservadores, nació en la ciudad de Guanajuato el 31 de octubre de 1811, siendo sus padres don Francisco Degollado y doña Mariana Sánchez.

Niño aún y huérfano de su progenitor, Nemesio Santos, en compañía de su madre, buscó el arrimo del Cura de Cocupao, Mich., don Mariano Garrido, a quien sirvió de amanuense. Pero, corrido algún tiempo, y no pudiendo avenirse a las exigencias de una vida miserable, abandonó la población y, sin recurso alguno, se trasladó a Morelia. Allí fue escribiente del notario Valdovinos; escribiente, también, del doctor Medina, Juez Hacedor de Diezmos y visitador del Diezmatorio; empleado de glosa en la Hacenduría de las Rentas Decimales; alumno del Colegio de San Nicolás, su reorganizador y rector infatigable. Figuró como diputado a la Asamblea Departamental, en 1845, y como gobernante en 1848. Después, fue miembro del Congreso General, en 1855, y diputado al Congreso Constituyente en 1857.

La luchas de Reforma encontraron de pié a Degollado, lo mismo en la capital de la República que en Michoacán, Jalisco y Guanajuato. Derrotado casi siempre, él cobraba fuerzas de flaqueza; sus soldados, deprimidos, aniquilados aquí, levantábanse allá con nuevos ardimientos y nuevas esperanzas.

Procesado, hallábase, a principios de junio de 1861, por la ocupación de la “conducta” de Laguna Seca y el proyecto de pacificación con el ministro inglés George W. Mathew, cuando fue sacrificado don Melchor Ocampo en la Hacienda de Caltengo. Entonces solicita permiso del Congreso para ir a la guerra y vengar la muerte del ilustre Michoacano. Y en comunicación al Ministro de Guerra y Marina, dícele así: “Habiéndoseme concedido permiso para salir en persecución de los asesinos del más distinguido de nuestros mártires, ciudadano Melchor Ocampo, tengo la honra de ponerme a las órdenes de vuestra Excelencia para que me ocupe en el servicio de campaña, sin que le sirva de embarazo, la alta jerarquía de mi empleo militar, que no conservo sino como título de estimación del Supremo Gobierno. De consiguiente, quede vuestra excelencia entendido que no desdeñaré ir a la cabeza de un cuerpo de caballería, y aún de una compañía de dragones bien montados y armados, sujeto a las órdenes de cualquier jefe a quien el Excelentísimo señor Presidente tenga a bien encomendar la dirección de las operaciones”.

Y quien del tal guisa hablaba ara un antiguo Ministro de la Guerra en el gabinete de don Benito Juárez, más antiguo paladín de la Carta Magna del 57, gobernador de los Estados de Michoacán y de Jalisco; un hombre todo cerebro y corazón, para quien la salud de la República y el menosprecio de las glorias humanas constituyeron una y misma cosa. No en vano ostentaba el jaspe de su modesto anillo el gorro frigio de la libertad y la significativa leyenda: *TODO POR TI*.

El 15 de junio de 1861, apenas iniciada la lucha en el histórico Monte de las Cruces, el soldado liberal doblégase al infortunio. “El enemigo (cuenta un escritor de aquella época) le tendió un lazo: aparentó retroceder e hizo caer en una emboscada a los soldados

republicanos. El general quiso reconquistar lo perdido y llamó a sus huestes, que se perdían entre los pinares y rocas de la montaña. Aquella voz atrajo la atención del enemigo, que se precipitó sobre el general a quien el caballo faltó en los momentos supremos, rodando sobre las piedras. Pocos instantes después, la reacción llevaba en son de triunfo el cadáver horriblemente mutilado y como un despojo de la batalla”.

La muerte vino a tiempo, en forma tal, que cualesquiera juicios y prejuicios acabaron por borrarse ante la magnitud de la caída.

Así vivió y murió humilde, pobre y escarnecido “El Colmenero”; si noble de corazón, huérfano de caricias de la fortuna próspera. Muchos pudieron percatarse de su miseria y no pocos de la índole de menesteres a que en ocasiones se consagraba el gobernante y el guerrero. Sabemos que el general Miguel Blanco llegó a decirle a Degollado:

¡ Como señor! ¿Usted mismo remendando su ropa?

Y no era don Santos Degollado, a secas: era entonces el Ministro de Guerra y Marina, el general en jefe del Ejército Federal.

*IGNACIO RAMIREZ*  
“El Nigromante”

Hijo del antiguo soldado insurgente don Lino Ramírez y de doña Sinforosa Calzada, vecinos de San Miguel el Grande (hoy de Allende), nuestro célebre don Ignacio vio allí la primera luz el 22 de junio de 1818, según acta de bautismo cuya copia certificada debemos al estimable abogado, Notario Público en ejercicio, don Leobino Zavala.

Una temporada en la ciudad de Querétaro, donde inicia sus estudios de abogado para continuarlos y terminarlos después en los Colegios de San Gregorio y de San Ildefonso, de la metrópoli mexicana.

La Academia de San Juan de Letrán lo recibió como a uno de sus miembros más conspicuos, tras la lectura y comentarios de aquella tesis memorable: “No hay Dios. Los seres de la naturaleza se sostienen por si mismos”. Apuntaba ya el carácter recio y el estudio serio concienzudo del joven con vista a jurisconsulto y a tribuno, a periodista de combate y a maestro, a poeta clásico y a pedagogo de fecunda iniciativa. Era el intelectual y el humorista que nos describe uno de sus compañeros: tez oscura, pero con el oscuro de la sombra; ojos negros, que parecían envueltos en luz amarillenta tristísima; parpadeaba seguido y de un modo nervioso; nariz afilada y boca sarcástica. Pero sobre aquella fisonomía imperaba la frente con rara majestad y grandeza, como iluminada por algo extraordinario”.

El abogado y el periodista iniciaba menesteres de educador. Tal puede vérselo en el propio San Ildefonso y en el Instituto Literario de Toluca (1845), plantel éste donde, rector y maestro, tiene entre sus discípulos, y discípulo predilecto, a Ignacio Manuel Altamirano.

Amante fidelísimo de su país, defensor abnegado de su soberanía e integridad, vémosle en el Constituyente de 1857 abrirse paso por en medio de dolos y prejuicios, y con su amplia y sólida cultura, con su perfecto conocimiento de las necesidades de su patria, hacer de su persona el punto de vista de un congreso típico y ejemplar en los anales mexicanos.

Unido a Juárez en Veracruz, e integrado al gabinete como Secretario de Fomento y de Justicia, propugna la creación de la Biblioteca Nacional y el afianzamiento de las Leyes de Reforma.

Durante la guerra de Intervención, sigue Ramírez a don Benito Juárez; y es en Sinaloa donde entabla con Emilio Castelar la célebre polémica, en estilo satírico y chispeante, sobre la conveniencia de emancipar a los pueblos hispanoamericanos de las tradiciones y costumbres de la antigua metrópoli y de la servil imitación de lo europeo.

El efímero gobierno de Maximiliano encontró a Ignacio Ramírez en las filas del periodismo de combate, y sus fustigadores artículos, y su honda doctrina emanada de la más pura democracia, ocasionáronle prisiones en la capital, en San Juan de Ulúa y en Yucatán. Pero no se doblega a los azares del destino, ni cede un ápice su voluntad

inquebrantable en los senderos del deber y por el bien de México. “A Ramírez se la ha juzgado - dicenos Guillermo Prieto - como gran poeta y como gran filósofo, como sabio profundo y como orador elocuente; y Ramírez era en el fondo la protesta más genuina contra los dolores, los ultrajes y las iniquidades que sufrió el pueblo. En política, en literatura, en religión, en todo, era una entidad revolucionaria y demodeladora; era la personificación del buen sentido, que no pudiendo lanzar sobre los farsantes y los malvados el rayo de Júpiter, los flagelaba con el látigo de Juvenal, y hacía del ridículo la picota en que a su manera los castigaba”.

Al restablecimiento de la República, las altas dotes de Ramírez llevaron a ocupar nuevos cargos en diferentes secretarías y en el ramo Judicial, así como participar de sus sabias enseñanzas a jóvenes escritores que, andando el tiempo, llegaron a ser honra y lustre de la literatura nacional.

Y aquel grande hombre, por cuyas manos habían pasado innúmeras riquezas, cuadros y libros valiosísimos, a raíz de la desamortización, vivió y murió paupérrimo; en su casa no había dinero ni para el pago de medicinas, en su postrera enfermedad, ni para gastos de sepelio cuando acaeció la muerte, el 15 de junio de 1879. El gobierno hubo de subvenir a todos ellos.

Quizás, al escapársele la vida, hayan vibrado en su memoria los últimos versos del poema dedicado a los gregorianos muertos:

“Madre Naturaleza, ya no hay flores  
por do mi paso vacilante avanza;  
nacé sin esperanza ni temores,  
vuelvo a ti sin temores ni esperanza”

## MARCELINO MANGAS

El 26 de abril de 1821, en acatamiento de una orden atentatoria de Iturbide, se clausuró el Colegio de la Purísima, de la ciudad de Guanajuato (hoy Colegio del Estado), para establecer en sus aulas prósperas una Casa de Moneda.

La clausura, felizmente, no se llevo a cabo en su totalidad, gracias a un antiguo alumno y maestro de aquel instituto, quien valiéndose de una dependencia de la antigua biblioteca, mantuvo a costa de miserias y humillaciones, humildes cátedras de idioma español, aritmética y latín, procesadas por el mismo mantenedor del fuego sagrado de la sabiduría.

El sacerdote don Marcelino Mangas fue el celoso guardián al que eludimos. Nació en la misma ciudad de Guanajuato el año de 1772 y todos sus estudios los hizo en el mencionado Colegio de la Purísima, llevándolos a términos en 1798. Se distinguió siempre por la sencillez de sus costumbres, por la miseria de su vivir, por la constancia y abnegación en sus labores, por lo intenso de su cariño a la juventud escolar y los desheredados de la fortuna bonancible.

Otro rasgo característico del Padre Mangas fue su amor a la Patria sin cadenas, radiante de libertad, encaminándose por sendas de la más pura democracia. Sus doctrinas, a este respecto causáronle muchedumbre de molestias y contrariedades. Tildáronle de sospechoso por su manera de pensar, y las autoridades eclesiásticas y civiles a punto estuvieron de procesarlo. Sólo la nitidez de costumbres de aquél hombre bueno y generoso pudo enfrentarse, gallarda y serenamente, al torbellino provocado por la tristeza del bien ajeno.

Profesor de lengua latina desde 1802, procuró ejercitar a sus alumnos en el conocimiento y en la práctica de tan útil como necesario idioma. Y cuando el benemérito plantel reanuda sus actividades en 1828, ya con carácter oficial, el entonces gobernador del Estado don Carlos Montes de Oca, confió la rectoría al padre Mangas, con beneplácito general de educadores y educandos.

Así lo vemos con carácter de maestro siempre, del director a las vegadas, desarrollar a maravilla una labor de prospero adelanto. Vivía en su Colegio y para su Colegio. Honores y dignidades eran para él desconocidas. Enseñar a los jóvenes, visitar a los enfermos, socorrer a los necesitados, he aquí su anhelo constante y su finalidad inquebrantable.

Al fin pagó el ineludible tributo a la naturaleza, cuando su vida era de ochenta y cuatro años, casi toda dedicada al estudio y a la educación la vetusta capilla del Colegio (ahora convertida en biblioteca) acogió sus despojos mortales y les dio cariñosa y modesta sepultura. Todavía hoy pueden leerse estas palabras en uno de los muros del que fuera presbiterio:

*“Presbítero Marcelino Mangas. Murió el 26 de septiembre de 1856.*

*Solicito inculcá a la juventud:  
La ciencia, el patriotismo y la virtud”*



## BENITO LEON ACOSTA

Cúpole honor tamaño al guanajuatense don Benito León Acosta, antiguo alumno del insigne Colegio de Minería, de la Ciudad de México, capitán de Urbanos Auxiliares de Infantería, y más tarde capitán de la Milicia Activa de Caballería.

Aficionado a la aerostación y con los estudios que adquiriera en su instituto de abolengo, Acosta intensifica sus simpatías con la presencia en México del francés Eugenio Robertson, “que tuvo la dicha de ser el primero - según él decía - que ha presentado al pueblo culto de una gran nación, uno de los descubrimientos más portentosos de las ciencias modernas”. Robertson efectuó su primera ascensión en la plaza de toros de San Pablo, el jueves 12 de febrero de 1835.

Ya preparado convenientemente, y aprovechándose del hidrógeno, “la última palabra en materia de elemento impulsor”, Benito León Acosta acomete por primera vez su temeraria empresa en la misma plaza de San Pablo, el domingo 3 de abril de 1842, a la edad de veintitrés años. El viaje fue feliz y el descanso se consumó sin mayores inconvenientes. Y lo que siguió después tuvo el carácter de una verdadera apoteosis. “El domingo 3 de abril – dice Manuel Mañón, en su *“Historia del Teatro Principal”*- se anunció por medio de avisos, que fueron profusamente repartidos, que asistiría a la función de la noche el aeronauta mexicano Benito Acosta, antiguo alumno de la Escuela de Minería, que había efectuado esa tarde su primera ascensión, partiendo de la plaza de toros de San Pablo; recibéndolo a su descenso la multitud delirante, que lo condujo hasta el Palacio Nacional, en cuya puerta lo esperaban dos ayudantes del Presidente Santa Anna, que lo recibió efusivamente. La función se vio con tal motivo sumamente concurrida, a pesar de la fuerte lluvia que caía, y el público ovacionó calurosamente al aeronauta, siendo conducido al foro por el dramaturgo mexicano don Fernando Calderón, quien recitó una poesía alusiva”.

Las nuevas orientaciones de Acosta permitiéronle disfrutar, aunque separándose de su plantel educativo, del privilegio que le concedió el Ministerio de Relaciones y Gobernación, “por tres años, para que él solo pueda hacer ascensiones en la República, o cualquier otro con su permiso”.

Así pudo visitar algunas de las principales ciudades de nuestro país, dejando en todas ellas los mejores recuerdos e impresiones. Pero hay que señalar, particularmente, la fecha del domingo 26 de febrero de 1843, con motivo de la sexta ascensión, llevada a cabo por Acosta en su tierra nativa, ascensión que se verificó en la plazoleta que existía junto al puente de San Juan, y que hoy forma parte del jardín de la Presa de la Olla. El descenso, con muchas dificultades, lo hizo en el cerro del Gusano, a inmediaciones de San Miguel de Allende, lugar éste donde el intrépido viajero del aire fue recibido y agasajado con entusiasmo y esplendidez. Al día siguiente, ya de retorno en la ciudad de su origen, acreciéntase el júbilo del vecindario y se coloca en la plaza de Mexiamora, y en la que fue primera habitación de Acosta, una lápida conmemorativa con esta leyenda:

*“En esta casa, a 11 de abril de 1819, nació para honor de su patria, el primer aeronauta mexicano, capitán don Benito León Acosta. Sus paisanos desean perpetuar en este monumento la memoria de tan digno guanajuatense, al verificar su sexta ascensión en esta capital, el 26 de febrero de 1843”.*

No en balde pasan los años. Las mayores glorias acaban por hundirse en las sombras del olvido. Viejo y pobre terminó sus días el célebre aeronauta, al arrimo de un modesto hogar en la metrópoli mexicana, el 28 de octubre de 1886. La casa tenía marcado el número tres y correspondía a la calle entonces conocida por Mirador de la Alameda.

## ANTONIO PLAZA,

El infortunado poeta popular de cuna sin señuelos, antes bien atenazeado por el dolor y la miseria, vino al mundo en la hoy ciudad de Apaseo, el 2 de junio de 1833, siendo sus progenitores don José María Plaza y doña María de la Luz Llamas. El mismo, recordando su nacimiento y las tristes circunstancias en que hubo de desarrollarse así en verso desgarrador y sombrío:

Siempre desgraciado fui:  
desde mi pequeña cuna  
a la incansable fortuna  
de juguete le serví.

La noche en que yo nací  
tronaba la tempestad  
y alaridos de ansiedad  
la gente aturdida alzaba,  
porque “el cólera” sembraba  
el terror y la orfandad.

Muy joven aún, emprendió viaje a la capital de la República, ingresando luego a Seminario Conciliar, tal vez aconsejado de sus padres para que en él siguiera la carrera eclesiástica. Pero mal sentaban los arreos del levita, a quien llevaba en su cerebro una antorcha de libertad y en su corazón un hálito de patriotismo. Así que, apenas iniciados los estudios, abandonólos para alistarse como soldado y servir a la causa de la República, lo mismo en los días de la Reforma que en los de la Intervención y Segundo Imperio.

Al triunfo del Ejército Republicano en 1867, tornó plaza a la ciudad de México, inválido ya, con un despacho de Teniente Coronel que no aminoró su eterna pobreza ni profunda y pertinaz desesperanza; antes por el contrario, sirvióle de acicate a su dolor y de fuente de ironía y de marcado escepticismo a muchedumbre de composiciones en prosa y en verso:

El éxito no fue malo;  
vencimos a los traidores,  
y volví pisando flores  
con una pierna de palo.

Fue, a las veces, periodista de combate y militó en las redacciones de aquellas regocijadas y tremebundas hojas volanderas que se llamaron: “*La orquesta*”, “*San Baltazar*”, “*Los Padres del Agua Fría*”, “*El Horóscopo*”. Sufrió persecuciones múltiples. Anduvo de aquí para allá, como los viejos rapsodas, alta la frente y el mirar sereno. Y viene a colocación una anécdota relacionada con las postrimerías del gobierno Lerdistista:

¿Antonio, por qué no fundas un periódico?

“¿Para qué?. Combatir al gobierno sería convertirme en presidiario, y adularlo en estos momentos, sería tanto como afeitar a un cadáver: se mella e inutiliza la navaja y se desprestigia el barbero”.

Así siguió arrastrando su mísera existencia, hasta que al agobio de enfermedades y miserias, que no la pesadumbre de los años, puso fin a los días del trovador popular. Plaza murió pobre y humilde, como había vivido siempre, el 2 de agosto de 1882. Los fúnebres despojados recibieron modesta sepultura en el cementerio del Tepeyac, donde aún permanecen olvidados.

“Cantor de las amarguras y de las negras decepciones - dice el inolvidable Juan de Dios Peza, a propósito de “*Album del Corazón*” -, sin otro encanto que el de encontrar sus propias heridas, de las cuales siempre manaba sangre, le veíamos como los jóvenes españoles han de haber visto a Espronceda. Pocas son las rosas de vivos colores y aromas delicados que se pueden encontrar en el búcaro que forman sus composiciones; porque no se cuidaba de la forma, ni le entristecía que lo motejaran de escéptico. Muchas veces me reveló que no obedecía a preceptos de escuela; que nunca pudo nutrir su espíritu con la lectura de los grandes maestros, y que a semejanza de las aves, cantaba porque sentía la necesidad de cantar, sin importarle que la gloria le diera sus laureles o el olvido lo envolviera en sus luctuosos crespones”.

## JUVENTINO ROSAS

Tierra de músicos fue Santa Cruz, y sigue siéndolo hoy en día, cambiando su nombre por el del inolvidable autor del vals “*Sobre las Olas*”.

Allí nació Juventino, el 25 de enero de 1868, y de allí salió, urgido por la miseria y en unión de sus familiares, para encaminarse a la capital de la República, en 1875, no sin detenerse en algunos lugares del tránsito, que le servían de asiento a sus audiciones y de remedio heroico a sus necesidades. Juventino tocaba el violín; su padre, don Jesús Rosas, el arpa; Manuel, otro hijo, la guitarra; la madre y la pequeña María Patrocinio encargábanse de arreglar “*El Ante*”.

Y fue “*El Ante*”, en la misma metrópoli, medio de subsistencia para aquella pobre familia. Pero como no se lograba nivelar el presupuesto de la casa con ese sólo arbitrio, “determinóse - dice un paisano del violinista - que cada músico colgase a ratos su instrumento y se dedicara a cualquier oficio. A Juventino tocó el de campanero en el barrio de Tepito. Además, luego de llamar los rezos, bajaba a canturrear en el coro”.

Huérfano de padre y madre, en edad temprana, y sin medios suficientes para atender a su educación en la Conservatorio, donde se había creado un puesto de honor entre los más talentosos alumnos del plantel, hubo de abandonar bien pronto las aulas y conocer de la existencia mísera y borrascosa de nuestros músicos humildes; unas veces formando parte de regulares orquestas, otras, la más, vegetando en raquílicas agrupaciones de filarmónicos de barrio, con el poderoso estimulante del alcohol, que tantas vidas apaga y tantos crímenes produce y acrecienta.

Ciertamente que en algunas ocasiones el teatro le proporcionó relativos desahogos y no pocas enseñanzas dentro del arte a que se había consagrado, y así lo vemos en compañías de relieve, como la famosa de Angela Peralta, que actuó en diversos lugares del país; pero esto constituía sólo una excepción: la regla general era una pugna constante con la miseria y un eterno suplicio por las incertidumbres del porvenir.

“Juventino - palabras de Hernán Rosales - no desoía la tentación o el llamado de sus inspiraciones, y siempre que venía el impulso emotivo del arte, componía piezas diversas, según fuera su estado de espíritu; sobresalían muchas por la tristeza racial, base única para eternizarse en el corazón del pueblo”.

De esas composiciones, una adquirió bien pronto legítimos laureles, y comprada a vil precio por una casa editora de la ciudad de México, recorrió en son de triunfo, y de triunfo clamoroso, los principales países del nuevo y del viejo mundo: el vals “*Sobre las Olas*”, nacido el año de 1891 en el manantial de “*La Magdalena*”, del pueblo de Contreras, vals que el infortunado violinista guanajuatense dedicó a su noble protectora doña Calixta Gutiérrez de Alfaro.

En este mes de mayo de 1894, arregla Juventino un viaje a La Habana, figurando como primer violín de una compañía de zarzuela. Trabaja allí por algunos días y pasa después a otros puntos de Cuba. Detiéndose en Batabanó, y le sorprende la muerte el 13 de julio del mismo año.

La “*Sociedad Mexicana de Compositores*”, años más tarde, ocupóse de trasladar a tierra mexicana los despojos del aplaudido y desventurado guanajuatense, que hoy duerme el último sueño en las entrañas pías de un cementerio metropolitano.

## JOSE TRINIDAD VILLAGOMEZ

Del matrimonio de don Miguel Villagómez con doña Josefa Patiño, nació José Trinidad el 13 de mayo de 1838 en Valle de Santiago.

En el hogar sin señuelos de grandeza, antes bien con estrechez de miserias, vio ejemplares de honradez y de trabajo, mismos que de niño y adolescente habrían de servirle para normar su conducta al correr de los años.

Con los conocimientos adquiridos en las aulas primigenias emprende viaje a Morelia, y en el insigne Colegio de San Nicolás comienza los estudios de bachillerato, entre 1858 y 1859. Pero aguijoneado por su amor a la patria subyugada, y siguiendo el ejemplo de otros jóvenes al cobijo de aquél benemérito instituto, abandona el remanso estudiantil y se lanza al combate que libran dos partidos antagónicos: el liberal y el conservador. Inicia la carrera militar bajo muy buenos auspicios, y en Calpulalpan figura ya como capitán. Más tarde, su valor y su pericia palpables quedan en los principios de la guerra intervencionista, ya en tierras de Guanajuato, ya en los Estados de Colima y de Jalisco, para llegar después a Michoacán, incorporado al Ejército del Centro y a las órdenes inmediatas del general Arteaga.

José Trinidad es ya Coronel, y jefes y soldados le reconocen prendas envidiables. “El daba ejemplo a sus subordinados - dice don Eduardo Ruiz - de un notable aseo en su persona y de modales finos y atentos. En el combate, ocupaba siempre el puesto de mayor riesgo”.

Consumada la victoria en Tacámbaro, el 11 de abril de 1865, Arteaga dispuso que los prisioneros belgas fuesen conducidos a Huetamo, custodiados por Villagómez, y la conducta de éste patentizada queda en un documento desconocido, que a la letra dice: “Huetamo, 16 de abril de 1865. – Un deber imperioso nos hace pedir a usted, señor general en jefe (trátase de Arteaga), que sean transmitidas de nuestra parte, al señor coronel Villagómez, las más sinceras gracias por la noble y generosa manera con que él nos ha tratado. Nosotros no olvidaremos nunca, créalo usted, señor general, las bondades que el coronel Villagómez ha tenido para nosotros, oficiales y soldados prisioneros de guerra; y nosotros pedimos a usted señor general, dar en nuestro nombre las gracias más expresivas al señor Villagómez y a sus oficiales, por las innumerables atenciones que han tenido para nosotros desde Tacámbaro hasta Huetamo, nuestra actual residencia. - Por los oficiales prisioneros de guerra de Huetamo: A. Gauchin, capitán -Deheck, teniente- Walton, teniente - Fourdin, subteniente - Geoffroy, subteniente - De Biber, subteniente - Adam, subteniente. - Adam, subteniente - Jacobs, pagador”.

Pero al entusiasmo de la victoria debía suceder pronto la amargura del desastre y la culminación de la tragedia. Los jefes del Ejército del Centro son sorprendidos por el imperialista Méndez en Santa Ana Amatlán, y desde allí conducidos como prisioneros a Uruapan. Se les juzga conforme al tristemente célebre decreto del 13 de octubre, y son condenados a muerte los generales José María Arteaga y Carlos Salazar, los coroneles

Trinidad Villagómez y Jesús Díaz, y el comandante Juan González. El fusilamiento de estos patriotas se efectuó el 21 de octubre de 1865.

He aquí la carta postrera de Villagómez a su padre, escrita la víspera del sacrificio: “Empleo mis últimos momentos para dirigir a usted estas cuantas líneas. Deseo legar a mi familia un nombre honroso. He procurado hacerlo, defendiendo la causa que abracé, pero no lo he logrado. ¡Paciencia!. Pero no creo que se avergonzara usted de reconocer a un hijo que jamás se ha desviado de la senda que tan honradamente le trazara usted por medio de excelentes consejos y de buenos ejemplos. Siempre me he manejado con honradez y no tengo remordimiento de conciencia. Me he conducido como hombre de bien, y no me pesa; nadie puede quejarse de mí, porque a nadie he perjudicado. Confío en que esto formará algún consuelo para su pesar y que fundará algún orgullo en mi memoria, pura y sin mancha alguna. Muero conforme. Sírvase usted dar mi último adiós a mi hermano y a todos mis amigos, reservando para usted el corazón de su hijo sacrificado en aras de su patria”.

## NICOLAS URQUIETA

Algunos compatriotas, aguijoneados, a las veces, por el deseo de conocer extrañas tierras y aún de residir en ellas por tiempo más o menos largo, y casi siempre constreñidos por necesidades de índole económica, abandonan el hogar de sus mayores y van en busca de desahogos, frecuentemente ilusorios, que no logran encontrar en el suelo que los vio nacer.

Voy a referirme a la personalidad de un hombre honesto y laborioso, educado en la escuela de la adversidad, propicia a la formación de los grandes caracteres; madre severísima a cuyas enseñanzas deben lustre y gloria muchedumbre de espíritus fuertes catalogados de bienhechores de la humanidad en diversos países y al través de lueños centurias.

Don Nicolás Urquieta nació en la ciudad de León, del Estado de Guanajuato, el 10 de diciembre de 1873, misma donde hizo las primeras letras, así como los cursos de bachillerato, llevados a buen término en la Escuela Preparatoria de dicha población, fundada aquélla el 1° de febrero de 1878.

Guiado por tempranas inclinaciones al dibujo, y no pudiendo darles impulso en la ciudad de su origen, Urquieta se trasladó a la capital de la República e ingresó desde luego en la vieja Academia de San Carlos, donde hizo rápidos progresos. Trabajó en periódicos ilustrados y profesó cátedras de su especialidad en escuelas oficiales y particulares.

Con el imperativo de nuevos y más amplios horizontes, abandonó el territorio nacional y estuvo tres o cuatro años al arrimo de Guatemala. Más tarde, y en la República del Salvador, acógrese al trabajo de litografía y continúa sus labores de profesor a la sombra de escuelas públicas primarias. Y a principios de 1900 llega a Honduras; preséntase al cónsul mexicano don Manuel Gutiérrez Zamora, y le habla de sus deseos de reanudar su viaje hacia la Argentina. El cónsul percátase de las dotes educativas de don Nicolás y le aconsejaba que prolongue su estadía en Honduras, no sin proporcionarle todo género de recomendaciones y allanarle el camino hasta llegar a los más importantes planteles de aquel país.

Desde 1906 tuvo carácter de profesor especial de dibujo, de manera consecutiva, hasta el 2 de septiembre de 1933 en que le sorprendió la muerte.

Pláceme consignar aquí algunos párrafos del artículo necrológico del maestro don Martín Alvarado, que vio la luz en la "*Revista del Archivo Biblioteca de Honduras*". Esos párrafos, precisamente por venir de pluma culta y de persona extraña a nuestro medio disfrutaban de grande y trascendental importancia.

"Todos los maestros de Honduras, incluyendo los que saldrán dentro de pocos días, fuimos discípulos de don Nicolás. Y no solamente los normalistas, sino también los que han pasado por las aulas de los Colegio de Segunda Enseñanza y de Comercio, de la capital, y los niños de las escuelas primarias, principalmente en los últimos años".

“Para bien de nuestra juventud, hizo de Honduras su segunda patria; a ella sirvió con entusiasmo y cariño. A igual que otros maestros conacionales nuestros, ha sufrido con estoicismo las vicisitudes que nuestro ambiente proporciona al que se dedica a la dura tarea de la enseñanza. Formó aquí su hogar. Casó con la talentosa profesora Guadalupe Rosa, que partió a la eternidad antes que él, dejando dos hijitas, Consuelo y Marta, quienes hoy lloran una nueva desgracia: la desaparición de su cariñoso padre”.

“Como muy bien se ha dicho, el Magisterio Nacional, y con él la Escuela Hondureña están en duelo por la muerte del maestro Urquieta; pero su nombre será escrito con caracteres fulgurantes en las páginas de la Historia Educacional de Honduras”.

## JOSE FRANCISCO ORTEGA

Vamos a hablar de un personaje desconocido para nosotros, siquiera en Estados Unidos conózcasele, desde luego, a través de una importantísima nota que Hubert Howve Brancfort asienta en su "*Historia de California*" (1542-1800), editada en el año de 1884.

Confesamos que nada de lo que sigue corresponde a nuestra cosecha: hemos traducido fielmente la nota relacionada con Ortega, y que pinta a éste caracteres y virtudes de un valor inapreciable.

"José Francisco Ortega fue nativo de la población de Celaya, en lo que ahora es Estado de Guanajuato. Trabajó en su adolescencia, en dicho lugar, como mozo de almacén. Alistado el 1° de octubre de 1765, sirvió en la "*Compañía de la Cuera*", de Loreto, diez meses como soldado, dos años y medio como cabo, y catorce y medio como sargento. Algún tiempo después obtuvo su baja (discharge) y se dedicó a negocios de minas en la Baja California, donde fue, durante un tiempo, algo así como encargado de todos los campos mineros (minin-camps) de la península. Cuando vino Portolá como gobernador, Ortega reingresó a la milicia con su grado de sargento, y durante un año o más, se encargó de la contabilidad del almacén real. Acompañó a la segunda expedición por tierra en 1769, subordinado a Portolá y con fray Junípero Serra. En el camino recibió una carta de don José Gálvez, prometiéndole el cargo de teniente del pueblo de Loreto, a su regreso. En esta expedición se distinguió por su incansable actividad, siempre adelante, explorando el camino y perdiéndose tres veces antes de llegar a San Diego. Fue con la primera expedición a Monterrey, y fue, quizás, el primero que descubrió la bahía de San Francisco; probablemente el primero en visitar el suelo de la actual ciudad, y ciertamente el que exploró con más extensión la bahía en este viaje".

"De regreso en San Diego, estuvo un tiempo al frente de las guardias; pero pronto volvió a Loreto, donde el gobernador lo tuvo constantemente ocupado en viajes a Sinaloa y a San Diego, y en otras exploraciones. Por su celo, en estos últimos viajes, Ortega se convirtió en el gran favorito de los misioneros, y especialmente de fray Junípero, quien, en 1773, pidió que se le diera el cargo de comandante en California (Serra, Representación de 13 de mayo de 1773". M. S.) Es de este documento del que hemos obtenido mucho de los datos sobre sus últimos años y servicios. Mucho hemos tomado de sus propias narraciones (Ortega, "Memorial al Comandante General sobre méritos y servicios militares". 8 de junio de 1786. M. S. y Ortega "*Fragmentos*". M. S.) ambos con muy importantes documentos".

"No logró Serra verlo de comandante; pero fue nombrado teniente y comandante de San Diego, puesto que desempeñó durante ocho años. En 1781 fundó Santa Bárbara, diseñando los edificios, fortificaciones y obras de irrigación, de una manera tal, que ganó gran crédito, y sirvió como comandante habilitado hasta 1784, cuando fue trasladado a la frontera. Fue aquí donde solicitó una gratificación pecuniaria y su retiro, por sentirse cansado después de treinta años de constantes servicios. No fue admitida su solicitud; pero le permitieron volver a California, y fue comandante de Monterrey, de septiembre de 1787 a marzo de 1791. Un año más tarde volvió a Loreto y estuvo encargado de esa comandancia

durante la ausencia de Arrillaga, hasta 1795 que le fue concedido su retiro como capitán, con medio sueldo de teniente y agregado a la compañía de Santa Bárbara”.

"El capitán Ortega murió repentinamente el 3 de febrero de 1798 en la ranchería de Casil, cuando iba camino del presidio, y fue enterrado, al siguiente día, en el cementerio de la Misión de Tapis. La esposa de Ortega fue doña María Antonia Victoria Carrillo, que murió y fue enterrada en la capilla del presidio, el 8 de mayo de 1803”.

En el cuerpo de la obra (páginas 150 y 160), dice Brancfort: “A Ortega, cuyos descendientes viven todavía en California (1884), pertenece el honor de haber primero explorado la Península, en donde está situada la metrópoli comercial de la costa de Norteamérica, probablemente; también, de haber descubierto lo que es ahora conocido como “*La Puerta del Oro*” (Golden Gate), y posiblemente el de ser el descubridor de California.”

## INDICE

	Página
Biografía de don Fulgencio Vargas	7
Liminar	11
El Pípila	13
El Amo Torres	15
Manuel Muñatones	17
Gertrudis Vargas	19
El Pachón	21
Juan Alvarado	23
Tomasita Esteves	25
Andrés Delgado “El Giro”	27
Tomás Moreno	29
Lucas Balderas	31
Juan Bautista Morales	33
José María Luis Mora	35
Santos Degollado	37
Ignacio Ramírez “El Nigromante”	39
Marcelino Mangas	41
Benito León Acosta	43
Antonio Plaza	45
Juventino Rosas	47
José Trinidad Villagómez	49
Nicolás Urquieta	51
José Francisco Ortega	53

IMPRESO EN LOS  
TALLERES GRAFICOS DEL GOBIERNO  
DEL ESTADO





Guanajuato